

Las lágrimas de la huerfana

Home/Portal

La noche empezaba a caer sobre la tierra con sus tinieblas. Cerca de la alameda del parque se oyó un sollozo cuyo eco se esparció entre los árboles. Reinaba un silencio sepulcral turbado solo por el ruido del viento que silvaba al pasar por el bosque en el graznido que el agua producía al caer entre las hojas.

Todo dormía... la flor había cerrado su capullo, el ave había buscado refugio en su nido, el cielo parecía de plomo i aquellos sitios presentaban en esos momentos un aspecto aterrador.

Entre la oscuridad distinguíase bajo el follaje de los árboles la silueta de una mujer arrodillada. Estaba envuelta en un negro manto i se percibía apenas la oración que rezaba mientras sus manos se elevaban al cielo pidiendo quizás clemencia a Aquel que hace huir las tempestades de la tierra i del espíritu.

Al recitar su plegaria las frases se ahogaban por el llanto que a raudales brotaba de sus ojos. Era aquel llanto amargo que se vierte cuando la amargura exprime el corazón, aquel compañero íntimo de los desgraciados, que más puro aun que el rocío que vive en el cáliz de las flores, riega flores inmortales de la virtud.

Aquella misteriosa huésped de esos desolados sitios, protegida por el ramaje que en algo la preservaba de la lluvia, se estremecía al más leve ruido, levantaba sus ojos, miraba sobresaltada a su redor para volver a doblar la cabeza agoviada por el peso del dolor.

La infeliz veía vagar ante sí horribles fantasmas que se acercaban a ella en actitud amenazante. Sentía horribles carcajadas a su redor, unos árboles cuyas figuras se destacaban junto a ella, le parecía que eran testigos de su dolor i la lluvia seguía cayendo incesantemente. De los montes vecinos enormes torrentes bajaban produciendo un ruido atronador! Consuelo al oírlo gritaba desesperada ¡Madre mía, salvadme!

En su mente, las ideas en tropel desordenado sin poder coordinarse, sostenían una lucha terrible que también empezaba en su corazón. Las sombras de esa noche era más claras que las que cubrían su alma, la lluvia al rodar por las hojas, no producía el efecto de su llanto al rodar por sus mejillas. Era joven i hermosa el negro de sus ojos resaltaba en la palidez de su rostro, su cabellera de ébano caía graciosamente sobre los pliegues de su manto, sus labios contraídos por la emoción eran rojos como la flor del granado.

Vestía de luto, i su traje empezaba a empaparse, i el hielo de la noche hacía estremecer de frío sus miembros. Prorrumpía en continuos sollozos que nadie escuchaba, solo la noche, esa eterna protectora de los que sufren en silencio envolviendo su llanto entre los misterios.

¿Qué hacer? Dijo de repente, estoy cansada, muy cansada, la cabaña de aquella mujer que conocí hoy está mucho de aquí i la lluvia me mojaría completamente.

¡Hace un día ¿Dios mío? Que no pruebo alimento, un día durante el cual he deseado devorar un pan!

Madre mía ¿porqué me dejaste aquí luchando con un mundo que os hizo su víctima i en cuya lucha voy a morir. No tengo un hogar bajo cuya sombra reposar, no tengo un amigo que me sirva de amparo; estoy sola i huérfana en el mundo. Yo quiero morir, porque la muerte es la única esperanza de los desgraciados; morir, porque la vida

se me presenta bajo un aspecto horroroso; quiero morir i llegara donde mi madre y contarle mis angustias.

Primero la muerte que la deshonra, os dije en aquellos instantes supremos en que te despediste de mí, madre mia, así lo haré, os lo juro; moriré envuelta en la miseria que me rodea, pero que jamás el crimen cabrá en mi pecho. Hogar, hogar adorado que me viste nacer, me arrojaron de tu seno i errante voi por el mundo sin mas consuelo que mi infortunio.

Suelo natal donde ami madre se deslizó mi vida dulce y hermosa, jamás volveré a tí, huérfana i sola seguiré caminando hasta que, cumplido mi destino halle en la tumba el fianl de mis pesares.

¡Dios mio! Ilumina mi mente i tras las sobras del dolor que me mata, alumbradme con la luz de la razón!Reflecionó un instante, i tomando una resolucion, se puso en marcha.

En la puerta del teatro de la ciudad de... arrebujaada en su manto está una mujer: aguarda la salida de la ópera para pedir limosna. Es la pobre huérfana Consuelo estenuada por el frio yertos los miembros, solo la alienta la esperanza. Enorme concurrencia ha asistido a la ópra aquella noche. Entre confusos grupos de aristocráticas damas i magnates, una mano descarnada se levanta implorando caridad; se acerca una elegante dama, i Consuelo le dice “<<Soi huérfana i os pido limosna en nombre del cielo>>. La dama se detuvo, levantó el manto que caia sobre su cabeza de la mendiga, su belleza la deslumbró, pero una funesta i odiosa idea ofuscó su mente i alejándose dijo: <<Eres bela y joven, no es dudar... Adiós! Terminó sonriendo.

Un grito de desesperación salió de los labios de Consuelo todo el tumulto desapareció i el reloj de la iglesia dió las 12 campanadas: el silencio mas profundo quedó.

Turbada por un terrible sueño, la dama no pudo dormir aquella noche, veia ante si a la huérfana que la maldecia i espiraba en una triste agonía. Apénas el alba anunció el dia, abandonóel suntuoso palacio que le servía de morada i se encaminó hasta llegar a la ancha i poblada calle del Teatro de la Opera.

Una enorme capa de nieve cubria el suelo. Con paso lijero la dama llegó hasta la puerta en donde Consuelo habia implorado caridad; medio oculto por la nieve el cadáver de la infortunada huérfana yacia en aquel sitio; levantó el manto que la cubria i vió el demacrado rostro de la mendiga que, loca de desesperacion i muerta de frio, le habia pedido ahogada por el llanto una limosna.

Sin poder andar la sorprendió la nevada que le sirvió de sepulcro i por eso la altiva i orgullosa señora, vió en sueños, ese fantasma que la maldecia.

Cuentan las tradiciones que, al dar el reloj de la Iglesia vecina las 12 de la noche, una mujer cubierta con un manto solloza a la salida, del Teatro, i el eco de la maldicion turba el silencio de la noche. Se dice que ese fantasma es Consuelo que viene a recojer las lágrimas últimas de su vida que vertió allí al implorar la caridad.

I las lágrimas de la pobre huérfana, que descansa al lado de su madre, se elevan de esta mísera tierra i claman venganza, miéntras que los dardos del remordimiento hieren el alma de la déspota señora que creyó ver una ruin mujer en la infeliz jóven que habia jurado preferir la muerte ántes que la deshonra.

Lucila Godoy A.

La Serena, septiembre 24 de 1904